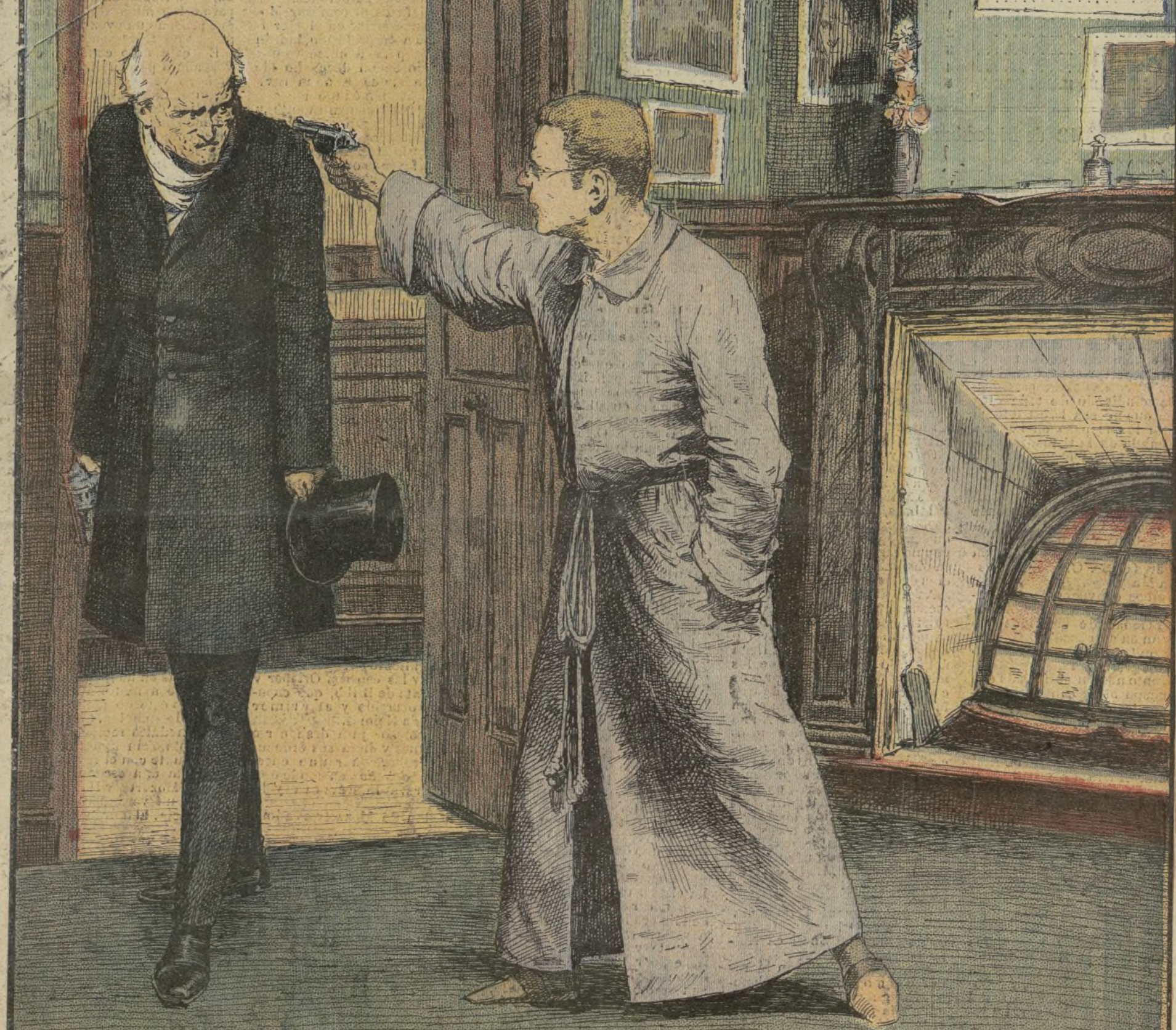


LA SEMANA ILUSTRADA



10 CÉNTIMOS

Nº 85.

Augustin

SHERLOCK HOLMES.— Una escena del melodrama estrenado con gran éxito en el teatro de la Comedia.
(VEASE EL ARGUMENTO EN LA PLANA 2.ª)

La Semana Ilustrada

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos, 97.

MADRID

Sucursales administrativas.—BARCELONA: Rambla del Centro, 16.—BILBAO: Sendeja.—GIJÓN: Covadonga, 5.—GRANADA: Reyes Católicos, 8.—MURCIA: Crédito Público, 1.—SEVILLA: García Viñuesa, 30.

UNICO PRECIO DE SUSCRIPCION:

50 CENTIMOS AL MES EN TODA ESPAÑA

DICIEMBRE

Domingo.....	6	13	20	27
Lunes.....	7	14	21	28
Martes.....	8	15	22	29
Miércoles.....	9	16	23	30
Jueves.....	10	17	24	31
Viernes.....	11	18	25	
LA SEMANA ILUSTRADA.	12	19	26	

Año II. 12 de Diciembre de 1908. Núm. 85.

SHERLOCK HOLMES

Comedia melodramática en cinco actos (el quinto dividido en dos cuadros), arreglada a la escena española por D. Manuel Melgarejo.

Juzgada está la obra original y también pasó por el tamiz de la crítica la adaptación a nuestra escena del célebre folletín que, en la novela y en el teatro, supo despertar sensacional interés.

Prescindiendo de toda otra labor que no sea la estricta de contar lo que pasa en la obra estrenada en la Comedia, véase el relato del argumento de Sherlock Holmes.

*

En el primer acto representa la escena un salón de gran lujo. Pertenecía a la espléndida casa que tienen alquilada en Londres el Sr. Orleber y su esposa Mary.

Ambos cónyuges son miembros importantes de una secreta sociedad de bandidos que operan en alta escala.

El matrimonio se ha instalado con gran boato.

Pronto nos enteramos de que los ocupa al presente un lucrativo negocio. En su propia casa tienen secuestrada a la señorita Alicia Bresit, de quien pudieron apoderarse en un reciente correría por el imperio de Alemania. Alicia es guardadora de unos documentos—cartas y retratos—que comprometen a un gran señor, acaso el primer noble de la nación. Trátase de un asunto de amor. El personaje incógnito sedujo a una muchacha de peregrina hermosura. Ella pertenecía a la clase media. Por rendir su pretendiente, no vaciló en escribirle cartas llenas de pasión, otorgándole también fotografías con muy expresivas dedicatorias. Cayó al fin la paloma en las garras del gavilán, y pronto vino el olvido por parte del rendido amante de ayer. La joven, al verse abandonada, murió de pesar, pero no sin entregar a una hermana suya las prendas de sus idilios principescos. En el lecho de muerte, la pobre flor troncada hizo jurar a la depositaria de sus recuerdos que jamás entregaría aquellos documentos.

Muerta la heroína de este cuento de amor, al punto recibió su hermana una proposi-

ción: la entrega del paquete acusador mediante el pago de una fabulosa suma de dinero.

Tanto importaba al galán el secreto de su aventura. Pero la joven rehúsa la fortuna, y fiel cumplidora de las promesas hechas a su hermana, oculta las cartas.

En estas circunstancias se enteró Orleber de aquel drama íntimo, y apoderándose de Alicia—hoy con ella a Londres. Nada consigue. La niña resiste a las amenazas y a las dulces palabras, a los castigos y a las asechanzas y malos tratos de que es objeto. Oculta el paquete y no pueden, ante su valerosa obstinación, todas las astucias de los ladrones.

Asiste al espectador a rudas escenas en las que Orleber intenta conseguir su objeto, y asimismo presencia un divertido episodio, aquel en que llega a la casa un cómplice de los miserables, llamado por sus compinches con el fin de que fuerce una caja de caudales en donde se sospecha que Alicia pueda haber guardado el tesoro del paquete. Bribb, que es el especialista mecánico de la banda de ladrones, se presenta vestido de etiqueta. Es un vividor degenerado y elegante. Con la mayor corrección procede a su trabajo, que logra tras vivos e inteligentes esfuerzos. Pero los malhechores sufren una cruel decepción. En la caja no se encuentran los ansiados papeles.

En este momento llega el mayordomo de Orleber anunciando a su amo que Sherlock Holmes desea verle.

Aquel nombre cae en la reunión como si fuera una bomba. No ignoran que Holmes es el policía modelo, cuyo maravilloso olfato para descubrir los delitos no reconoce rival. Saben que este hombre extraño es un fenómeno de investigación, creador de un sistema deductivo y lógico por el que logra sumarse a un sobrenatural, dado lo que adivina, con previsión e instinto que asombran... Pero Orleber es demasiado hábil para negarse a recibir al recién llegado. Además, confía

vencerle, oponiendo sus méritos a los de su enemigo. Ordena a Mary que encierre a Alicia, y mientras Bribb escapa, él, sonriente y tranquilo, tomando una actitud de gran señor, dispónese a recibir a Sherlock Holmes. Y entra en escena el protagonista de la obra. Holmes es un verdadero *gentleman*. Sus admirables, no iguales dotes policíacas, no están al servicio de nadie. Ejerce por afición. Es un detective particular que adora el oficio de *sabueso*, no encargándose más que de los asuntos de alta transcendencia y que puedan serle gratos por encontrar en ellos emociones fuertes y campo donde saciar lo que es en él segunda naturaleza: su afán de vencer las tretas más hábiles que puedan urdir los genios del mal.

Holmes y Orleber se saludan con toda clase de refinamientos cortes. El visitante empieza por rogar al dueño de la casa que necesita hablar con la señorita Alicia Bresit. Orleber niega conocer tal persona, pero Holmes insiste, siempre cortésmente, y al fin baja al salón la persona por quien preguntaba el detective. Es decir, no es Alicia la que se presenta. Viene Mary, que toma su nombre e intenta engañar a Holmes haciéndose pasar por la otra; pero el implacable policía no tarda en descubrir la superchería y vuelve a suplicar que se presente la verdadera señorita Alicia.

Al fin se encuentra con ella, y ante el asombro de todos le replica le entregue las cartas y retratos famosos.

Explicase el deseo de Holmes por haber recibido el encargo de adueñarse de esos documentos, encargo que se confió al jefe de los policías por las altísimas personalidades interesadas en la cuestión.

La niña contestó a Holmes lo mismo que a Orleber: que ni con la vida le arrancarán esas pruebas, pues el tormento mismo no haría que ella descubriera el sitio donde las oculta.

De pronto llegan criados anunciando con pavor que en la casa se ha iniciado un fuego. Orleber y Mary corren a salvarse. Alicia, en cambio, se la ve dirigirse a un saliente donde guarda el paquete. Tal escondite es una silla de tapicería, en cuyo forro, por juzgarlo imposible de descubrir, buscó asilo para su tesoro. Mas el detective, siempre ojo avizor, sorprendiéndola en la tarea, y antes que ella pueda coger el paquete, se apodera de él Holmes.

Llora Alicia, vencida, y entonces aquel hombre generoso le dice enternecido: «Tome usted, señorita. No quiero robarle lo que sé que tiene en más estima que la vida. Necesitaba sólo saber que existían esas pruebas. Lo del incendio ha sido dispuesto por mí, mediante el mayordomo de Orleber—que es uno de los míos—, con el exclusivo objeto de que sucediera cuanto, punto por punto, ha visto usted que ha pasado. Al conocer el peligro de un incendio era lógico que usted se apresurase a ir en busca del paquete, y siguiéndola yo, conocer, por tanto, lo que tanto deseaba. Tome usted, repito, su tesoro que no quiero robarle, y si sólo pedirle que me lo dé de buen grado».

Alicia queda atónita ante el rasgo de aquel hombre. No obstante, no le da el paquete. Lo conserva en sus manos trémulas. En esto llegan Orleber y Mary, pasada la alarma del fuego. Sorprenden a Alicia con el paquete en la mano, y tratan de apoderarse de él violentamente; pero Sherlock Holmes, enérgico, desafia a los miserables, y dice:

«Esta señorita está bajo mi protección. Que esconda el paquete en donde quiera, y me permito aconsejar a ustedes que no traten de maltratar a la pobre niña, porque jenténdanlo bien, cuántas veces intentaré hacerla daño, Sherlock Hol-

mes surgirá de la sombra para defenderla».

Y sonriendo con ironía, satisfecho, triunfante, sale de la casa, mientras Alicia ha corrido a ocultar las pruebas, y Orleber y Mary devoran su rabia y su impotencia ante aquel hombre fantástico, que parece gozar de un poder sobrehumano...

*

Así acaba el primer acto del interesante folletín en acción. Ya se ve el conflicto planteado. La lucha entre los bandidos y Holmes, batalla que se desenvuelve entre los más curiosos episodios. Pero sigamos el relato por orden cronológico.

Aparece en el acto segundo el despacho del jefe supremo de la siniestra banda criminal, a algunos de cuyos miembros hemos visto en operaciones.

Este jefe es el profesor Mozarty, encanecido en el ejercicio de su noble profesión, ladrón de alto estete, a quien vemos instalado en un despacho «de seguridad», que es una maravilla de previsión é ingenuidad.

Mozarty se encuentra ante su mesa de escritorio, instalada en un subterráneo, adonde se llega por misteriosos túneles.

El profesor se oculta hasta de sus propios servidores y sólo se deja ver de algunos escogidos. Aquel hombre tiene instaladas sus oficinas para el crimen con los mismos y aun más necesarios requisitos que puedan estar las del jefe de seguridad. Allí su teléfono, su tubo acústico, y un sistema de palanquetas, maravillosa obra de mecánica, con las que el mismo jefe abre la pesada puerta del subterráneo, sin moverse de su mesa de despacho.

Mozarty, entre un montón de papeles, despacha con su secretario, con toda la pose que pudiera hacerlo un ministro de la Corona. El profesor viste correctamente de levita. Por la conversación que sostiene con el secretario se advierte cuánto le preocupa la increíble astucia de Sherlock Holmes, a quien jura aniquilar por haber osado interceptar su camino.

En esto avisan por teléfono que tres socios de la banda, los que están operando en el asunto del paquete que tanto dinero ha de valer a la Sociedad, desean consultar con el ilustre Mozarty.

Con estudiados y escénicos procedimientos llegan hasta Mozarty los esposos Orleber y el tunante de Bribb, que cuentan lo ocurrido y el primer triunfo de Holmes.

El profesor jura deshacerse del intruso y dicta sus órdenes para proporcionar una encerrona al detective, en donde éste encontrará la derrota y la muerte.

El plan de Mozarty es admi-

raable, magnífico. Y preparado todo para cazar a Holmes, los criminales saludan a su jefe con gran respeto y marchan a ejecutar las órdenes recibidas.

*

Llegamos al tercer acto. Es la casa de Sherlock Holmes. Aquella morada es una maravilla de elegancia y buen tono, la vivienda de un gran señor. Holmes fuma un cigarro tendido en la *chaise longue*. A sus pies un montón de periódicos y revistas.

El detective se halla en traje de casa, con la bata clásica de los ricos «de teatro».

Un groom anuncia a su amo la visita de un amigo, el doctor Watson. Holmes y el médico son muy buenos camaradas.

El detective, siempre en su manía policíaca, comienza por asombrar a su amigo, apañándole con tres o cuatro cómicas pero estupendas adivinaciones que prueban una vez más el singular talento de aquel hombre.

En este acto conocemos la verdadera personalidad, mejor dicho, el verdadero carácter de Holmes. Es un ser extraño, un aburrido de la existencia que no encuentra goce alguno en la vida, como no sea en descubrir misterios. A presencia de su amigo se inyecta de morfina en los brazos, declarando su desengañado incurable.

En esto interrumpe la conversación de los dos camaradas, Benjamin, el mayordomo de Orleber que, como hemos dicho más arriba, estaba puesto por Holmes al servicio del ladrón para vigilarle de cerca.

Benjamin viene herido de un martillazo en la cabeza, y cuenta que se lo asustaron en la cueva de casa de Orleber.

En el acto Holmes empieza a conjeturar, y no sólo adivina y explica los más nimios detalles acerca de cómo fue agredido Benjamin y el modo que éste tuvo de defenderse—cosas que dice saber examinando no más a su servidor—, sino que logra también reconstituir todo el vasto plan pensado por Mozarty para apoderarse de él. Y es claro, se apercibe a la defensa. No hace más que pensar que el propio jefe de la banda de ladrones va a venir a visitarle en su casa, cuando llaman a la campanilla.

—Es él—dice Holmes imperturbable—. Hacedle pasar.

Sherlock se prepara, tomando un revólver, que oculta, y un caballero es introducido en la estancia. En efecto, es Mozarty, que en un golpe de audacia viene a matar a su enemigo. Pero éste no pierde un segundo de atención. Con los más finos modales recibe al recién llegado, no sin apuntarle a cada instante con el revólver.

Es esta una escena de gran efecto. Mozarty y Holmes establecen un verdadero pugilato de astucia. El ladrón, buscando

CONCURSO-PLEBISCITO

DE

RESPUESTAS HOMOGÉNEAS

¿Qué le gusta a usted MÁS de LA SEMANA ILUSTRADA?
¿Qué le gusta a usted MENOS de LA SEMANA ILUSTRADA?

BASES:

Primera. Las respuestas han de enviarse en tarjetas postales al Director de LA SEMANA ILUSTRADA, calle de la Colegiata, 7.

Segunda. Las respuestas homogéneas y que coincidan más número de veces, se sortearán, adjudicándose al autor de la respuesta favorecida un premio en metálico de cien pesetas.

Tercera. Serán desechadas, para los efectos del sorteo, cuantas respuestas llegaren con posterioridad al 31 de Diciembre; pero sin embargo, se agradecerán y estimarán todas, absolutamente todas las respuestas que contengan alguna observación de interés, vengán en cualquier tiempo, aun fuera del plazo marcado.

En la doble plana central, a todo color, del número próximo,

LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES

Cuadro maravilloso de D. Bartolomé Esteban Murillo.

ocasión de atacar; el policía, a la defensiva. En vano el profesor intenta poner en práctica todos sus más hábiles medios. Siempre ve cortada la acción por Holmes, implacablemente sagaz. Por último, el *detective* decide reirse del asesino. Habiéndole desarmado dos veces, como si estuviera distraído, abandona el revólver encima de la mesa y deja que Mozarty se apodere de él, a tiempo que advertidamente le vuelve la espalda. El profesor se apresura a disparar a traición. Pero los proyectiles no salen. Sherlock Holmes, en un rasgo de habilidad suprema, le había quitado las balas, sólo para que el criminal pensara un instante que era vencedor cuando se encontraba más derrotado.

«No creía que iba usted a servirse del arma—le dice Holmes a su aplanado combatiente con gesto de infinito desdén—; por eso escamoteé los proyectiles.»

*

El acto cuarto transcurre en una cueva, refugio de los bandidos.

En ella le han dado cita al *detective* por medio de una carta que recibe de Orleber, y en donde éste le dice que si quiere el paquete se lo entregará mediante una suma que pueden convenir en la conferencia que le propone. Los malhechores no tienen las cartas. Sólo han hecho una falsificación de ellas. Su fin principal es asesinar a Holmes, para lo que disponen las cosas con cuatro ó seis de los suyos.

Como siempre, el policía ha previsto todo, y penetrando el pensamiento de sus enemigos, sabe cuánto han ideado, pero no por eso deja de acudir a la

cita, fingiéndose crédulo, que su plan es también apoderarse de varios de los bandidos.

En la cueva se ultiman los preparativos para acabar con Holmes.

Mozarty, en persona, viene a examinar la ratonera.

En esto, y cuando ya Orleber, solo, espera que se presente el *detective*, llega Alicia, que viene a salvar al policía. Los miserables se apoderan de ella y la amordazan y la encierran.

Aparece, al fin, Sherlock Holmes. Viene solo. Al principio se deja engañar y hasta entrega a Orleber una suma en pago del paquete que no ignora es falso, pero se cansa ya de ironías, y sin alterarse comunica a su interlocutor que está al corriente de cuanto se proyecta en su contra.

Orleber, ya desesperado, llama a sus auxiliares, en tanto que Holmes abre una puerta y liberta a Alicia. Pone a la niña bajo su protección, y con imperturbable sangre fría advierte a los asesinos que saldrá de allí con Alicia y que ellos caerán en poder de la justicia.

Los bandidos intentan varias veces apoderarse del invencible Holmes, pero éste logra evadirse siempre, repitiéndoles que triunfará de aquella encerrona.

—¿Cómo?—pregunta Orleber saboreando ya su venganza.

—¡Así!—exclama el *detective*, y uniendo la acción a la palabra asesta un silletazo a la luz.

La escena queda totalmente a oscuras. La confusión es enorme. Los gritos se suceden vengativamente rabiosos. Sólo un punto luminoso se advierte en la cueva. Es el cigarro de Holmes.

—¡A él!—grita Orleber. La luz del cigarro nos guía.

Pero de pronto se hace la luz.

Es que Holmes ha abierto la puerta y escapado por ella con Alicia, no sin gritar desde su diintel:

—El cigarro estaba en la ventana para engañaros. Yo, mientras tanto, me escapo por aquí. Y así diciendo, se marcha, dejando a los bandidos en el encierro que ellos mismos habían escogido para matar a su perseguidor.

*

La decoración del acto quinto representa la sala de consultas del doctor Watson.

Anuncian al médico la visita de un enfermo. Es Brigg, enviado por los suyos para facilitar la entrada a los asesinos, que se proponen ahora matar a Holmes en casa del doctor, a donde saben que acudirá.

Así las cosas, y mientras el ganchito se hace reconocer la garganta, escúchase en la antecámara del doctor un rumor de gentes que piden socorro. Viene el criado, advirtiéndole a su amo que unos transeúntes conducen a un clérigo italiano a quien acaba de atropellar un coche. Aparece el herido en brazos de dos hombres. Cuando Watson se dispone a curarlo se yergue el sacerdote, que no es otro que Holmes, disfrazado, y que fingió el accidente para coger a Brigg en la ratonera, como lo hace, mandando que lo entreguen a la justicia.

—Los otros fueron también presos en la *cueva del sueño*—dice el *detective*.—Sólo me falta Mozarty, a quien apresaré esta noche.

Llega Alicia, y delante del doctor declara a Holmes que está enamorada de él. El policía no quiere convencerse que durante todo el tiempo que tra-

bajó en el asunto de las cartas, una mujer, la primera, se adueñó de su corazón. El médico conven e a su amigo de que abandone su peligrosa profesión, más bien manía, y que busque en el amor pura fuente de dichas.

En este instante se presenta el criado de Watson para anunciar la visita del conde Stalberg y el barón Althheim. Son los representantes de la augusta persona que tanto interés tenía en recobrar los documentos base del melodrama y que vienen a preguntarle a Holmes, encagado de encontrar esos papeles, si al fin los había logrado.

—¡Sí, señor!—exclama el *detective*.—¡Aquí están!

Y presenta el paquete falso, el que compró a Orleber.

El barón y el conde se apresuran a abrir el envoltorio y pronto advierten la superchería. Por ella insultan a Holmes, y cuando éste se encuentra abatido, aparece Alicia que dice:

«Señores: Estas son las verdaderas cartas. Tomadlas. Sherlock Holmes lleva su generosidad hasta el punto de perjudicarse por mí. Yo juré a mi hermana no entregar a nadie esos documentos, pero me hace falta a mis promesas el amor que profeso al que será mi marido y la seguridad de que mi hermana, desde el cielo, habrá perdonado a su infame seductor. Renuncio a la recompensa.»

Los enviados se marchan, balbuceando plácemes y disculpas, en tanto que Holmes ruega a Alicia y a Watson que le dejen solo un instante, porque va a proceder a su última obra policiaca apoderándose de Mozarty, para después dedicarse por completo al amor.

En efecto, queda solo Hol-

mes. Al punto llama a un *sabueso* que surge de la sombra.

—¿Ha venido el búl?—pregunta.

—Sí, señor—le responden.

Y baja el telón para volver a subir cinco minutos después, que nos encontramos ya en el final de la obra.

Representa la escena una galería de cristales de la casa de Watson. Al fondo, y junto a un balcón abierto, se ve dormido a Sherlock Holmes. A su lado, y en una mesita, luce una lámpara.

Quedamente, misteriosamente, aparece en la galería de cristales el profesor Mozarty, seguido de su secretario y de Mary Orleber. Advierten a Holmes dormido, y su alegría es salvaje, cuando al fin se convence de que van a acabar con su mortal enemigo. Mozarty hince una rodilla en tierra, y afinando la puntería dispara a mansalva contra el *detective*. Al punto se ven cercados y oídos los asesinos. Sherlock Holmes dirige la captura, y dirigiéndose al profesor, le dice:

—Mozarty, gran Mozarty, no has podido conmigo. Has tirado a un muñeco que hice construir para engañarte. Date preso y observa que cumplí mi palabra de aniquilar tu famosa banda...

La Empresa de la Comedia ha puesto la obra de un modo irreprochable, tanto por lo que se refiere al decorado magnífico de Amorós y Blancas, como en el excelente servicio escénico.

Los artistas interpretan el melodrama con gran justeza en sus papeles, sobresaliendo Santiago en la deliciosa creación que hace de Sherlock Holmes.

¡SI LAS MUJERES MANDASEN!...



LA GOBERNADORA, JUANITA MANSE



OFICIAL, PILAR SIGLER



LA ALCALDE A, SEÑORA TORRE

Pascual Frutos y Manolito Caballero apuntaron al *trimestre*—como se decía antes—, y justo es reconocer que dieron en el blanco.

Quisieron hacer una pieza para Eslava, y el público les dice, llenando el teatro todas las noches, que obras así son las que pide el público en el pasadizo de San Ginés. Vicente Lleó, Foglietti y el sastre Vila han hecho lo demás: una música zaragatera con tangos de agonía y cuplés al rojo vivo y un grupo de trajes vistosos y tal que «quitan la cabeza». *¡Si las mujeres mandasen!*... tiene una parte de argumento por noventa y nueve de gracia, repetida con profusión en situaciones, diálogos y cada *golpe* que levanta ronchas.

Trátase de una ficción ideada para que pueda verse lo que pasaría el día en que las mujeres fueran admitidas en la administración de la cosa pública. ¡Y hay que ver cómo suben las tijes de Eslava desde un modesto obrador de plancha hasta los más altos puestos de la política! ¿Qué de proyectos de ley modernista! ¿Qué nuevos planes de gobierno! ¡Y qué guapas están las chicas del templo de la sicalipsis de ministras y policías, gobernadoras y alcaldesas!

Antonia Sánchez Jiménez hace una secretaria particular que da envidia de no ser su jefe, y al ver a Carmen Andrés en la opulenta y hermosa recaudadora de contribuciones, compréndese el que alguna vez pueda ser simpática y hasta deseable la imposición de tributos.

No podía faltar el «telón corto», en que electoras y electores se *pitorrean* del sufragio, dando lugar a las inevitables escenas de ambiente popular con desfile de tipos callejeros.

El candidato derrotado por el voto de las hembras; las graves ministras que interrumpen al Consejo para dar el pecho a sus retoños, el cuarteto de *agentas* de seguridad, con las que uno tiene que delinquir forzosamente.

De todo hay en *¡Si las mujeres mandasen!*... sin que falte, por último, el cuadro militar, las mujeres sobre las armas, en que a los compases de un paso doble dulce, con mucha luz y muchos colores, marcha la banda de trompetas formada por coristas que tocan «de verdad», a las que sigue el pelotón mandado por Laurita Blasco y Pilar Sigler, monísimas con casco de plumero y brillante coraza.



LA RECAUDADORA, CARMEN ANDRES



LA SECRETARIA, ANTONIA SANCHEZ JIMÉNZ



ESCENA FINAL DE LA OBRA

(Fotografías Alfonso.)

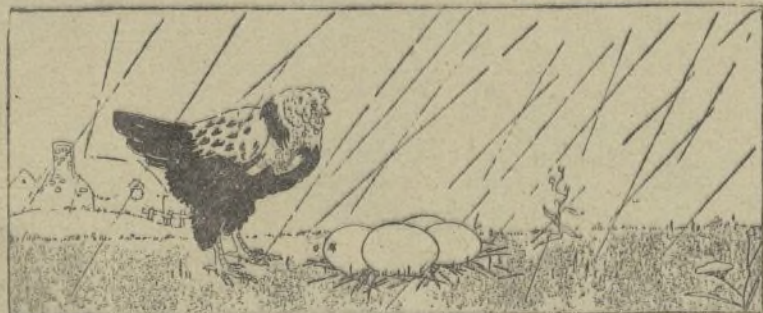
LA GRACIA DEL MUNDO

RESUMEN DE CUANTAS NOTAS VERDADERAMENTE CÓMICAS SE PUBLICAN EN LOS PRINCIPALES PERIÓDICOS FESTIVOS DE ESPAÑA Y DEL EXTRANJERO

¿ES CIERTO QUE EL BUEN HUMOR ESTÁ EN CRISIS?

Puede el lector contestar á la anterior pregunta, viendo con asiduidad esta sección de LA SEMANA ILUSTRADA

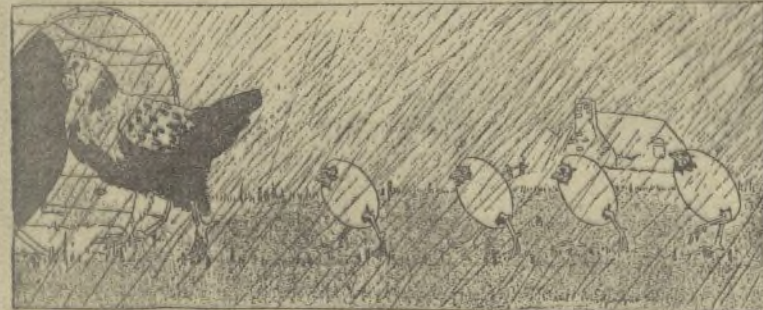
Los desvelos de una madre.



¡Caramba!—pensaba la gallina—. Mis polluelos van á salir del cascarón y hace un tiempo horrible



Sería menester procurarles un impermeable. ¡Oh, qué buena idea!



He aquí cómo todo se arregla con un poco de ingenio. (Rions.)

La saliva de Guillermo II.



En donde mojan la pluma los periodistas ingleses. (Kikeriki.)

Un problema resuelto.



La solución.—(Puck.)

EL MEJOR REGALO



—Y bien, querido hijo, ¿qué quieres que te regale si me toca la lotería?
—¡Un hermanito!

Exceso de ayuda.



El capitán Bombón era tan gordo que no podía montar á caballo.



Precisando hacerlo, tuvo que pedir el auxilio de dos reclutas.



Quienes cumplieron la orden tan concienzudamente...



Que el pobre capitán dió la vuelta de campana.—(L'Epatant.)

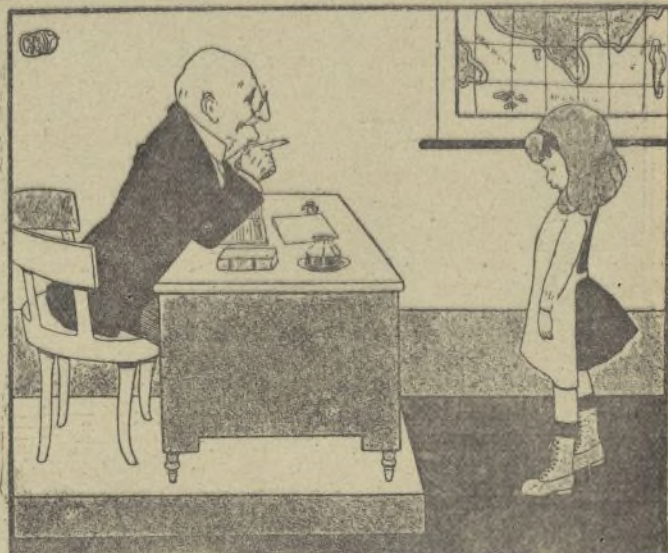
Mudanza de los tiempos.



—Pero, portero, ¿cómo es que el primer piso vale doce duros y el tercero veinte?

—¡Es claro, hombre! ¿No ve usted que ahora, con eso de los globos dirigibles, el mejor es el más alto?

EN UN EXAMEN



—¿Cuál es el mayor cetáceo? Voy a ayudaros. ¿Qué es lo que tiene usted dentro del cor-é?

—Algodón, señor.—(Potichinelle.)

El equilibrio europeo.



Bulow.—Un regalo del Reichstag: Bozal de seguridad para los emperadores charlatanes.

En el restaurant.



—Caballero, ¿es usted el que ha mandado á buscar un coche?
—Manda mejor que venga el comisario, porque no tengo dinero con que pagar el consumo.—(Rions.)

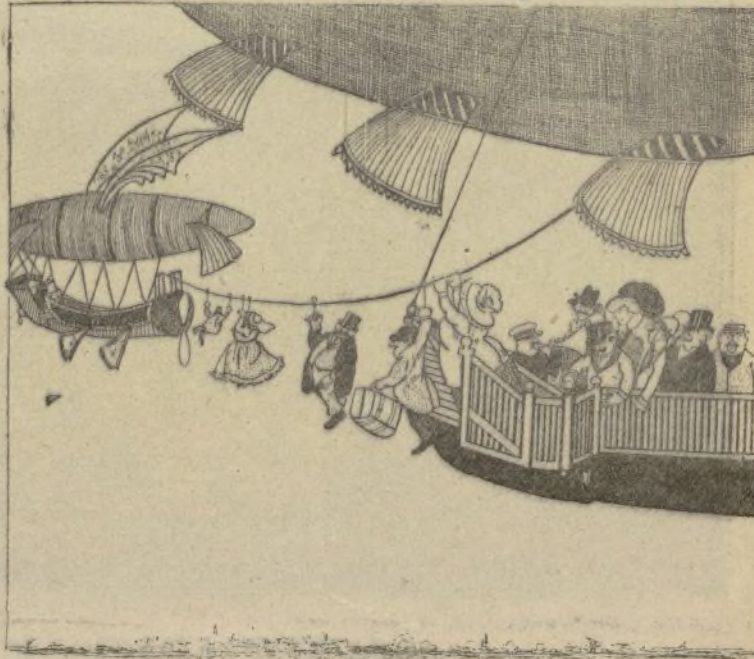
JUSTICIAS Y LADRONES



El policía.—Un hombre y una mujer han pasado por aquí. Pero el sabueso sufre un error. Los ladrones saben mucho.



La aviación en el porvenir.



Los viajeros cambian de dirigible en el espacio. Un cariñoso hijo político se apresura á pasar con su equipaje temiendo que su suegra rompa el cable.—(Potichinelle.)



MERCURIO Y ARGOS

CUADRO DE VALÁZQUEZ.—Con el rostro inclinado sobre el pecho y apoyado en una piedra, Argos dormita. En la cueva llena escondida á lo. Mercurio es el que le adormece con los sonos de su flauta.

Ayuntamiento de Madrid



El llamamiento que Moret hizo en Zaragoza a la juventud nacional, lo ha ido repitiendo la Prensa por todas las provincias. Como el eco, iba de floresta en floresta repitiendo las úl-

alitado en la bandera de la Libertad y se disponen a luchar contra la reacción como unos hombreritos. La juventud literaria no ha sido nada reacia en blandir

tria, no ha dicho, que yo sepa, como tal entidad, esta boca es mía; pues si los estudiantes de Barcelona y de algunas otras Universidades andan soliviantados, según las informaciones, por un quitame allá esos días de clase, y adelántame esas Pascuas.

Los jóvenes clericales no necesitan decir esta boca es mía, porque ya se les ve a cien leguas, abiertas de par en par, para que se las llenen de actas de diputados, de pingües destinos y de casamientos ventajosos, quienes manejan la alta sociedad y la alta política.

Son unos jóvenes aprovechados.

En cambio, se han apresurado a contestar al llamamiento de Moret, y a título de «jóvenes», una porción de carcamales ya conocidos como portabanderines de la juventud militante de tres generaciones, que muy bien pudieran ponerse en las tarjetas el título de antiguos y acreditados adolescentes.

No es que yo les moteje (libreme Dios!), pues la juventud no está en la edad, sino en las energías del corazón y en el entusiasmo por los ideales, que dan derecho a permitirse un rasgo de coquetería.

En cambio, muchos pollitos no se han enterado ni siquiera del discurso de Zaragoza, porque como coincidió con la entrada de la estación de invierno, andaban atareadísimos probándose un gabán saco con volantes que les ha hecho el sastre y que es una monada.

¡Como que piensan hacer fortuna por el saco!

Poco importa que no se hayan enterado, pues jóvenes tan vanos y superficiales que más parecen hembras, son inútiles para la lucha, como aquellos elegantes caballeros franceses que en la batalla de Pavía volvieron grupas porque los soldados españoles, conociendo su fatuidad, les dirigían las flechas al rostro, seguros de que les produciría un terror pánico, como así sucedió, que les estropearon el físico.

De esta juventud esclava de la moda y del cosmético, lo más que puede esperarse es que, como los elegantes franceses de Pavía, vuelvan la grupa.

Ella no puede tomar parte en mítins y revueltas populares donde peligró la tersura de sus planchados pantalones o el immaculado brillo de sus botas. Una juventud así no sirve para nada.

Mejor ocupadas estarán sus plazas por esos carcamales que, aun cuando lleven dentadura postiza y se tiñan el pelo y sientan tal cual amago de gota ó ataque de asma, tienen el corazón joven, la inteligencia clara, la voluntad firme y la fe inmaculada.

Es muy triste que no se pueda evocar otro rasgo de virilidad nacional más reciente en este país que el de la revolución del 69, y ¡ojalá que la raza de los hombres del 69 se conserve! Es que ya va desapareciendo

aquella juventud romántica, alma de todas las revoluciones; el positivismo ha engendrado una juventud fría y calculadora que sólo se agita para meterse, como ratones, á empujones y

Nótase menos bulla, menos algazara en los paseos donde juega, y va disminuyendo en lamentable proporción el número de los chichones.

¡Si parece que las amas de



timas palabras de sus amores. Y en todas partes se han abierto informaciones respecto á lo que la juventud dice y piensa y debe hacer ante la petición de

su pluma como arma de combate y elevando sus puntos al cielo ha entonado un himno redentor, que ni el de la conjura de Huguonotes.



auxilio del leader de los liberales.

En varias provincias se han organizado ya lo que pudiéramos llamar batallones infantiles de la democracia que se han

La juventud escolar que, en sana lógica, parecía la más directamente llamada por constituir la futura generación, sobre la que han de descansar en lo porvenir los destinos de la pa-



de cabeza por los oscuros agujeros de los escalafones de las carreras del Estado, verdaderas ratoneras en cuyo fondo hay, como cebo, un pedazo de

cria, en lugar de bebés, amamantan senadores vitalicios con mantillas!

Cada vez se va registrando mayor número de casos de me-



queso de casa de huéspedes barata.

¡Qué terror al gatazo de la lucha por la vida!

La niñez que apunta no parece menos seriecita.

nores de edad que se suicidan hastiados de la vida...

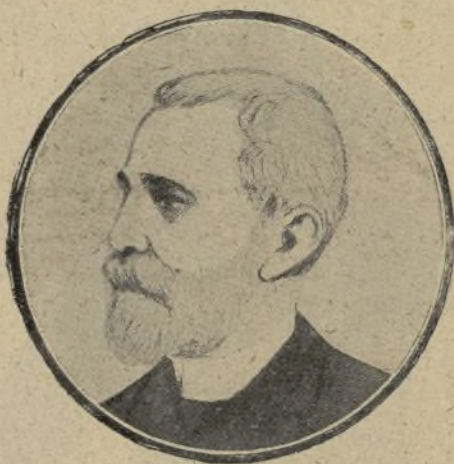
EL SASTRE DEL CAMPILLO.

(Dibujos de TOVAR.)



LA LUCHA ELECTORAL EN BARCELONA

CANDIDATOS SOLIDARIOS



DON FRANCISCO SUNER Y CAPDEVILA



DON FRANCISCO LAYRÈT Y FOIX

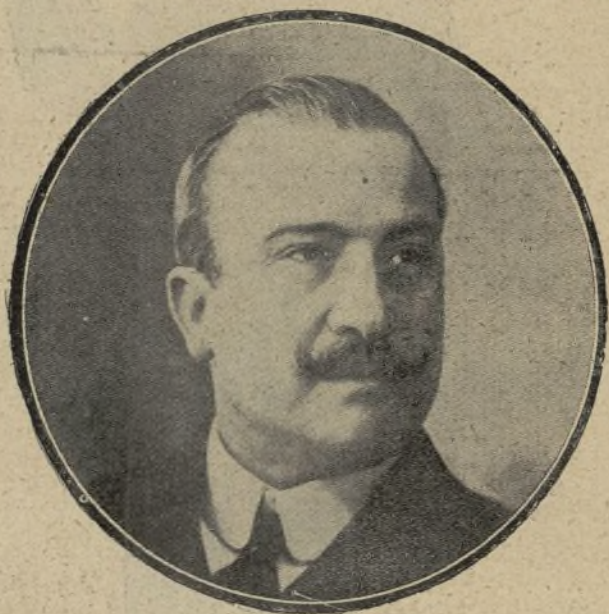


DON JAIME CRUELLS Y SALLARÈS

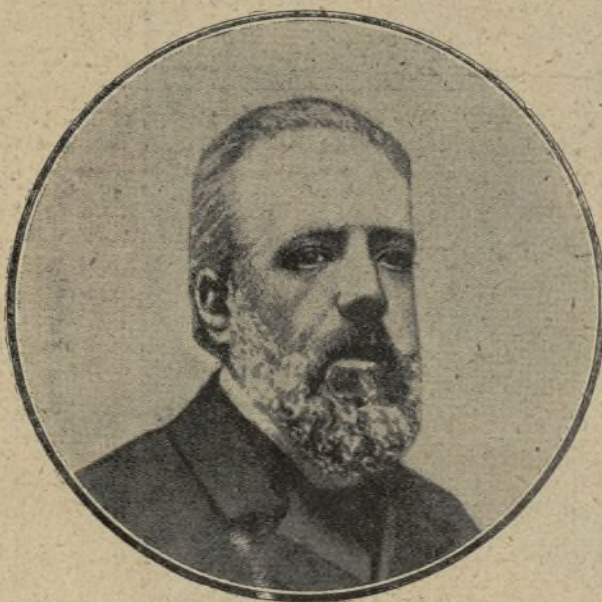


DON RAMÓN ALBÓ Y MARTÍ

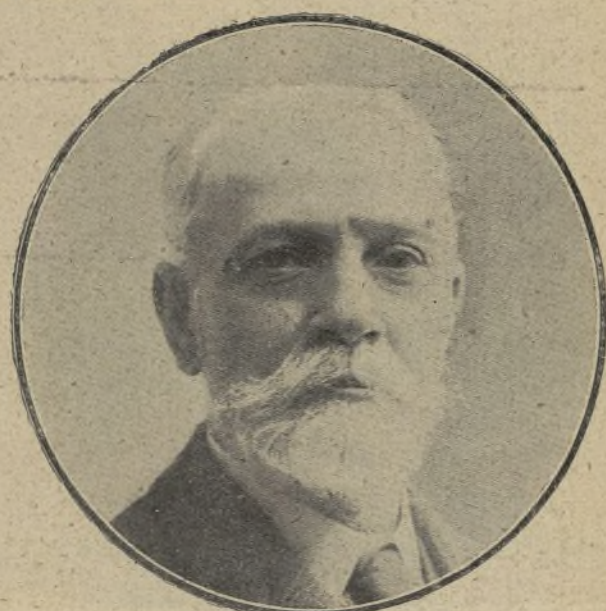
CANDIDATOS ANTISOLIDARIOS



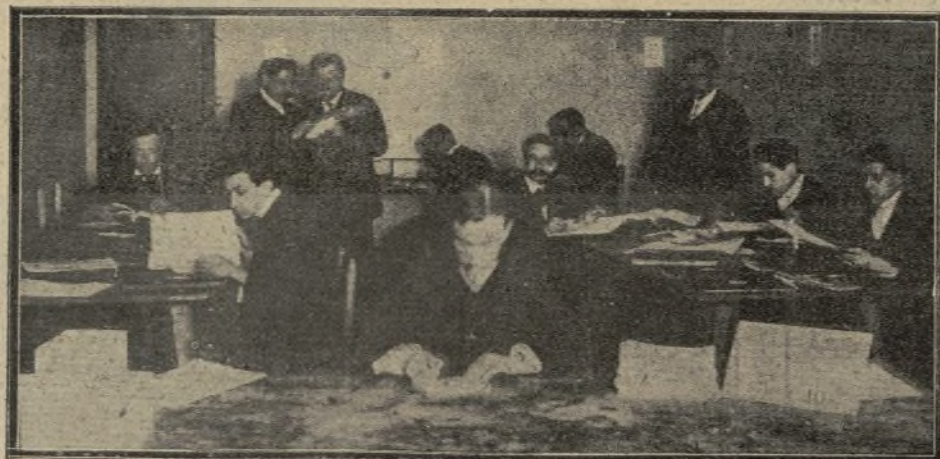
DON ALEJANDRO LERROUX



DON JUAN SOL Y ORTEGA



DON HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

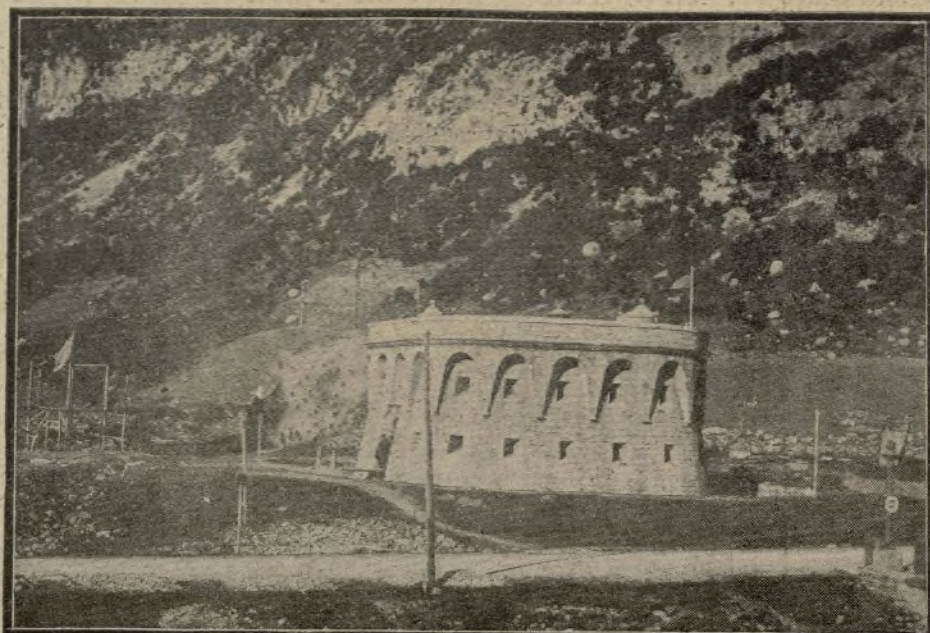


INTERIOR DE UNA OFICINA ELECTORAL BARCELONESA



EL PÚBLICO SALIENDO DE UN MITIN ELECTORAL

INAUGURACION DEL TÚNEL DE CANFRANC



EL PRIMER BARRENO EN EL TÚNEL DE CANFRANC

(Fotografías de Gustavo Freudenthal.)



EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA BENDICIENDO LAS OBRAS DEL CANFRANC

Margarita Steinheil en la cárcel.



EVOCACIÓN DE UNA NOCHE TRÁGICA (De *Le Petit Journal*)

Los hombres del "bloque,"



LUIS MOROTE, PRONUNCIANDO SU ÚLTIMO DISCURSO

AYER FRAILE, HOY TORERO



SALVADOR ALMELA, ANTIGUO FRAILE DE SANTA RITA, DESPUÉS DE EJERCER VARIAS PROFESIONES BOHEMIAS, SE DEDICA AL TOREO



MOROTE. EN LA INTIMIDAD



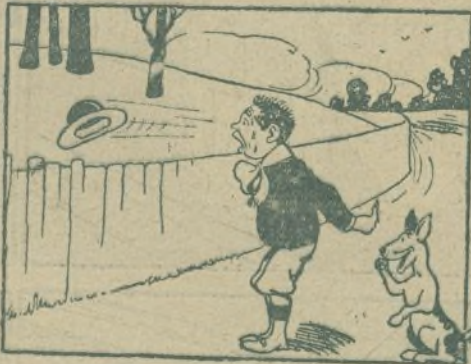
EL SOMBRERO DE ARTURO



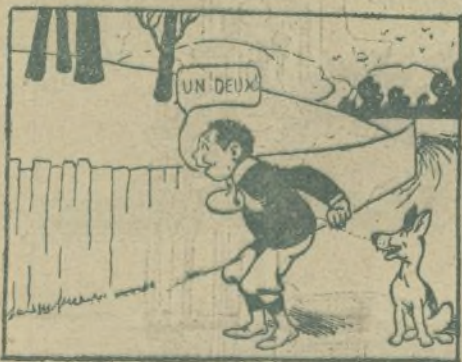
Arturito no vivía más que para la elegancia. Una tarde estrenaba un precioso sombrero.



Pero hacía tanto viento que la prenda voló.



El pobre chico vió cómo desaparecía detrás de una tapia.



Por lo que decidió «tomar carrilla» y saltar en busca de su sombrero.



Por un violento esfuerzo, ágil como un corzo pudo salvar el obstáculo.



¡Pero en dónde vino á caer! ¡El pobre Arturito no lo olvidará nunca!
(Surprise Journal)

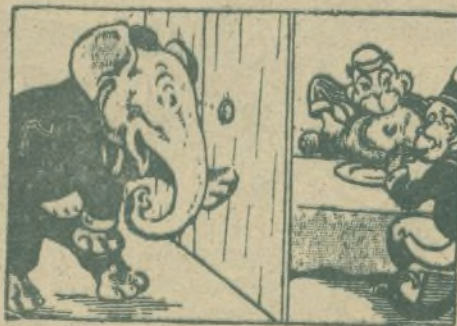
MÁS VALE MAÑA QUE FUERZA



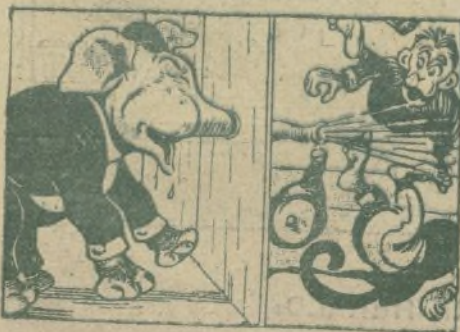
Pues señor, estos eran dos macacos que robaron unas yíandas.



Encerrándose en un cuarto para darse el primer banquete.



Un elefante pudo ver por la mirilla de la puerta que allí había cosas exquisitas.



Y metió su trompa para disfrutar también del festín.



Los monos, primeramente se asustaron mucho. Pero después tuvieron una idea feliz.



Y para vengarse del intruso, le hicieron un nudo en la trompa, con lo que el pobre elefante quedó preso. — (Surprise Journal)

EL QUESO DE HOLANDA



Esta era una ratoncita muy traviesa, á pesar de los regaños de sus severos papás.



Siempre que podía escaparse marchábase á jugar, desatendiendo sus estudios.



Hasta que llegó lo que tenía que llegar, encontrándose de manos á boca con un fiero minino.



La ratoncita, llena de terror, comenzó á correr hasta que desapareció dentro de un queso.



Quedándose el gato con tres palmos de narices y muy asustado al ver que el queso se movía.



Escapando á correr, cuando poco á poco vió cómo el queso se convertía en un monstruo.

(Surprise Journal)



Originales propiedad del «NEW YORK HERALD».

Impreso en máquina rotativa especial para colores.—Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, núm. 31, Madrid.